

# Un viaje fantastico hacia Octavio Paz

著者名(英)	Yumio Awa
journal or publication title	駿河台大学論叢
number	40
page range	91-107
year	2010
URL	<a href="http://doi.org/10.15004/00001155">http://doi.org/10.15004/00001155</a>

## Un viaje fantástico hacia Octavio Paz (2)

阿 波 弓 夫

### 1. La contemplación en la plaza de pirú

Por la calle de bordes cubiertos de los árboles milenarios de pirú avancé vagando en busca de aquella mujer que me había dejado a su paso una aroma de cebada verde. No tuve la suficiente calma como para reflexionar acerca de qué demonios me estaba pasando. Aconteció de pronto: algo increíble, en un parpadeo. Lo único que yo quería era dar las gracias a aquella pasajera. Sin embargo, no pude; y no sé por qué cada vez más me volvía el prisionero de un sentimiento de deuda no económica, sino más bien moral. Sería algo impensable si esto hubiese sucedido entre la multitud de la gran urbe de Osaka o bajo los rascacielos de Tokio. Pues allá me habrían tomado por un elemento sospechoso más, o me habrían considerado un caso digno de delito. La realidad me habría obligado a resignarme y a aceptar que lo pasado pasado era. Sin embargo, lo que ocurrió aquí fue todo lo contrario.

Hace apenas una hora, volvía a pasor por ahí, pero sólo recordaba los grandes árboles de pirú sobre las paredes encaladas de blanco. ¡Qué descuido de la vista! Pero, los ojos, sin voluntad, no reflejan nada: ven pero no miran nada. Saben pero no conocen. No recuerdan el rostro de la mujer ni el color de su cabello. Lo único que quedaba era un sentimiento de salvación. Por ello, como un natural sentimiento humano, de pronto se intensificaba el sentido de la deuda moral, algo así como el aroma de la cebada en primavera. Y la memoria de la cebada irrumpe en mí. En mi pueblo no había jardín de niños, así que siempre andaba jugando solo. A veces mi madre me llevaba a su casa natal, en donde yo solía jugar a solas montando en mi triciclo en el garaje. Había un gallinero no muy grande enfrente de éste, y yo podía ver a mi abuela recogiendo los huevos. Ella fumaba mucho y tenía la voz ronca. Cuando me hablaba, siempre sonreía

pero tenía los ojos cuajados de lágrimas. En cambio, no recuerdo nada de mi madre ,ni siquiera su voz. Yo era el nieto mayor, así que el triciclo era de mi uso exclusivo. Un día una tía menor me llevó al parque cercano ,donde había una gran variedad de juegos infantiles:columpios, subibajas, estructuras de barras···. Ella, con el afán de que yo me divirtiera, propuso jugar con las subibajas. Y en ese lugar tuvimos un “accidente”. A ese acontecimiento se deben los recuerdos muy claros sobre el triciclo. ¿Qué nos ocurrió? Era mayo o junio.Cada quien había tomado su asiento. Naturalmente mi tía era más pesada que yo, por lo cual era ella quien controlaba la subida y bajada del mismo. Yo estaba divirtiéndome de lo lindo. De pronto, me sobrevino un fuerte dolor: al inicio no sabía exactamente dónde; después, me di cuenta de que era en el pie derecho, pues se había quedado atrapado entre la tabla y el suelo. Una caída brusca del cielo al infierno. Yo buscaba el auxilio de mi madre. Mi tia, no obstante, optó calmarme ella misma, pues la idea de un escándalo no le gustaba. Se le ocurrió distraerme del dolor. Seguía doliéndome mucho, pero ella, sin hacerme caso, decidió darme a conocer un mundo nuevo fuera del parque. Aquello era lo opuesto a lo que yo me esperaba. Mi incertidumbre fue en aumento. En cambio, cesó el tormento de aquel dolor. Pronto ingresamos al área del campo donde se arreglaban las huertas para el cultivo de la cebada. A lo lejos se oían las alondras cantando en lo alto del cielo. Nosotros caminábamos callados entre las líneas de las hojas de la cebada. Yo quise preguntarle hacía dónde nos dirigíamos, pero no pude. Sentía una suerte de rechazo ante cualquier intriga. Me olvidé del dolor. Al parecer, ella tenía un destino seguro, pues pronto encontramos un gran río. Yo tuve una sensación muy extraña que nunca antes había experimentado, cuando me vi tan cerca de la orilla de aquel río. Hasta antes, yo sólo conocía los arroyos y lagunas donde viven las carpas, carmines···. Del otro lado del río, había más huertas. Avanzamos siguiendo la corriente, mientras veíamos largas filas de la cebada. Al principio, el río corría muy lentamente bajo mis pies; sin embargo, conforme avanzábamos, el agua fue tomando fuerza, y una enorme masa se acercaba a mis pies. Me invadió el miedo, pues sentía que una masa azul profunda me iba a tragar como si fuera un mónstruo amebiano. Apareció una presa en la que el agua se sentía atormentada entre las barreras interpuestas. A mi, me parecía

como si aquella agua subiera hasta la altura de mis ojos. Me quedé paralizado mirando todo aquello. Mi tía joven sólo atinaba a mirar aquel río durante un largo rato, sin darse cuenta de mi horror. Callado y agobiado, yo luchaba contra los tentáculos del río. Hasta ahí terminan mis recuerdos. No sé qué problemas tendría mi tía en aquel entonces. Es muy natural para un niño de esa edad. Muchos años más tarde, varias noticias confluyen para darme una vaga imagen sobre lo que pasó con ella. La más notable de entre todas es la antipatía general de todos los hermanos (dos hermanos y cuatro hermanas) hacia mi tío menor. El fue muy aficionado al alpinismo cuando era estudiante, pero se enfermó de tuberculosis, pues trabajaba día y noche para ganarse el dinero y pagar su afición. En su época, aquella enfermedad era mortal, y éste había sido el tema preferido de los escritores. Así que tuvo que internarse unos años en el sanatorio especial de la costa pacífico. Antes de su padecimiento la familia tenía una casa grande que servía de una posada para los viajeros, y para los aficionados del hipódromo que había en las proximidades. Pero, la mitad de ella se puso en venta para hacer frente a los gastos de la larga hospitalización. El hijo pródigo se comió la mitad de su fortuna familiar por el amor a la naturaleza. Para los demás, destruyó la casa porque se perdió aquella herencia. Y, esto afectaba a todos, particularmente a mi tía menor. Había tenido que renunciar a muchas cosas; ¡quién sabe qué! Mi tío, además de su espíritu romántico, era un artista, entró a formar parte de una empresa del diseño gráfico y, pronto, se independizó para fundar una propia. El alto crecimiento económico del país contribuyó a consolidar su negocio. Sin embargo, no quiso mantener su éxito. Su romanticismo lo llevó una vez más al calvario amoroso, y cuando 15 años después nos encontramos en México, se había convertido en el comerciante con más futuro de aquella época: manejaba una pequeña compañía de los bienes inmobiliarios, y estaba dispuesto a pagar toda la deuda contraída con los hermanos. El recuerdo de la cebada verde es una columna vertebral que se sincronizan las memorias de mi infancia. Y, la cebada, en sí es la llave que da cauce a la corriente viva de la misma. En México, afloró la memoria enterrada. Hoy la tía menor, en claro contraste con mi madre, es una charlatana de carácter muy duro, pero muy pesimista, y esto se parece a mi madre. El campo de cultivo

de cebada está ocupado ahora por un complejo habitacional y por un conjunto de fábricas. El imagen primordial de aquella zona sólo se registra en el museo local. Con todo aquello se fueron las alondras.

Transcurre el tiempo sin transcurrir

Pasa y se queda. Acaso, aunque todos pasamos,

ni pasa, ni se queda:hay un tercer estado.

(Pasado en claro, FCE. 1975, P. 40)

Añado dos episodios más. Después de los hechos narrados, yo empezaba a llorar cada vez que tomaba el autobús. Según mi madre, esto se debía al ruido escandaloso del motor en el asiento trasero. En realidad, nadie sabía la verdad. Por otro lado, en vísperas de mi viaje a México, sin previo aviso, me visitó el esposo de la tía menor. Era policía. Yo lo conocía de tiempo atrás. Ese día me hizo varias preguntas:¿por qué va ?, ¿cómo es México?, ¿cuando va? ... Durante un buen rato, cumplió su misión. Por entonces, yo rentaba una modesta casa a diez minutos de la casa de mis padres. Enfrente había un gallinero con unas diez aves, y una enorme higuera de la que se desprendía un fuerte olor a los frutos maduros cubiertos de las hojas verdes y frondosas. Yo, arrebaté su comida esencial a las abejas , y saboreé aquel postre, abierto como una granada. Pero, al tío policía, recto y trabajador, no le interesó divertirse con aquel ambiente. Para él, yo era un elemento subversivo más que intentaba irse al extranjero. No sé a qué conclusión llegó con su interrogatorio. Tal vez resultó que no era tan peligroso como para ir al Corea del Norte o al Medio Oriente en aquel entonces. México era un mundo desconocido, pero con una imagen consolidada de golpe de Estado y de dictadura. Ahora bien, ¿qué quiere decir “peligro”? Nosotros no sabíamos que en la civilización mesoamericana existe otro peligro. El significado verdadero del peligro depende de cada quién y de cada período. Ninguno de nosotros sabía el verdadero peligro de México. ¡Lástima que el tío policía haya muerto joven y que por eso haya perdido la oportunidad de entender la verdadera peligrosidad de ese país!

La verdad es que la memoria no funciona como video tape, que reproduce lo

que pasó. Al recordar, la memoria se recrea o se reinventa. En México, yo pude recordar la memoria de la alondra cantando en lo alto del cielo humeante de mayo. En fin, los primeros meses en México fueron los días de mi reencuentro con el Japón imaginario y de mi verdad. Entonces, mi cuerpo había abandonado el Japón, tierra de alondras, pero mi alma seguía aún en el interior de la “cápsula” japonesa. De modo que no había logrado aún salir de Japón. La cápsula era una especie de velo que me protegía del peligro mexicano. Pero, dichosamente la mujer de la cebada verde había desgarrado el velo protector y que servía como un puente tendido entre ambas memorias recreadas. ¿Cómo era posible que supiera todo esto un muchacho de veintitantos años que es solo un puro animal danzante.

Un gato, pendiente del peligro, pero a veces convertido en puma, bravo y desafiante, concentraba su atención para captar las brisas bajo los árboles de pirú. ¡Por qué me parecía tan extraña el ambiente de la placita bajo el pirú! Al otro lado de la calle, todo se parecía a cualquier parte del mundo. Esas casas eran como fortaleza que encarnan la voluntad inquebrantable de conservación de su tesoro: barreras negras y frías con bardas de púas, puertas de hierro... Rechazan a los ojos ajenos. De este lado, las altas paredes de adobe blanqueadas de cal tienen un aire de otro mundo. En un dibujo hecho con mucha imaginación, sería muy justo ver salir a Adelita con un sombrero ancho de paja guiando un coche tirado por dos caballos. En cambio, de la calle contraria saldría un Cadillac conducido por un caballero de cabello largo y canoso que vive de sueño milagroso confundido con la nostalgia de los años cincuenta. Si tuviera la fortuna de tener vínculos políticos o capitalistas (incluso pseudo-capitalistas) de nacimiento, saldría tal vez en un Volkswagen o un Caribe. Si volvieran los dueños a la casa, no bajarían de sus carros, tocarían klaxon para que el portero abriera la puerta negra de hierro. Está prohibido entablar contacto con los vecinos de la calle. No obstante, todo el mundo sabe que se trata de un momento altamente peligroso, porque los atracadores se esconden en cualquier lugar para asaltar pistola en mano. Uno sabe más o menos cómo es del otro lado de la barda. En frente de mi cuarto de Montes de Oca, había una familia generosa de un ingeniero civil que me ofreció la oportunidad de observar de cerca de la tradición y la costumbre

mexicana a lo largo del año. El ingeniero y su señora eran muy altos y parecían unos dandys. Es un placer esa costumbre del fin de semana de visitar la casa de campo. Nos divertimos afuera todo el día y disfrutamos la comida tradicional: mole poblano en el restaurante típico. Uno de sus hijos era estudiante y tenía una novia norteamericana. Me extrañó que todo el tiempo estuvieran juntos. Una de las costumbres mexicanas que mayormente atrajo mi atención fue la fiesta de Navidad. Es muy distinta la manera de festejar el día del nacimiento de Cristo, pero tan parecido al ambiente religioso de Año Nuevo en Japón. Según nos relata nuestro amigo periodista Héctor Rueda de León en su obra *Aspecto de Hispanoamérica*: “Todo el mundo forma fila, y como es de noche, va con velas cantando una letanía o canciones religiosas. En todas las puertas que llaman pidiendo posada, les dirán que no los aceptarán, hasta que finalmente llegan al lugar de la reunión en donde los dejan entrar. (Editorial HAKUSUIISHA, 1977, p. 39) También asistí a un espectáculo religioso de teatro donde se representaban escenas del Nacimiento. Se llevó a cabo medianoche, en un escenario al aire libre de un parque público. Me sorprendió ver a una gran concurrencia de jóvenes en una noche de invierno intensamente fría. La celebración se parece mucho al llamado *Omizutori* del templo Toodaiji de Nara. El invierno de la Navidad nos asegura la llegada de la primavera, así como la resurrección de la nueva vida. Comí uvas en México como comí Soba en Japón a fines de diciembre. Visité el templo durante los primeros tres días del año y la misa especial de Navidad. En México, la cosmología rige todavía gran parte de la conducta humana. Ni hablar, en el México rural. Seguramente, incluso en las casas protegidas con púas existe la misma costumbre. Si ésta fuese la realidad, estaríamos frente a un México distinto, capaz de borrar la mala impresión que nos dan las bardas negras y omnipotentes. Las barreras altas con púas no son sino una manera de protegerse, y, a la vez, una de las tantas manifestaciones de desigualdad social. Sin embargo, esto no es exclusivo de México como en cambio si los son las cercas de cactus. Sólo adoptan las formulas más llamativas contrarias a las sofisticadas. De allí que, nosotros no debemos confundir nuestros gustos estéticos con la visión del subdesarrollo. Si lo juzgamos basados en la idea de la convivencia de distintas civilizaciones, particularmente necesaria en caso de América Latina, no debemos

cometer los equívocos sentimentales e ideológicos. Desde la perspectiva de un eficientismo simplista, no se revela nada de la realidad real (no siempre corresponde a sus características culturales) en estos países y regiones. Según Octavio Paz, la técnica, o sea el resultado del pensamiento racional, logra la conformidad en la vida, pero ésta conduce al hombre a la homogeneidad, así como a la pérdida de la vivacidad (o sea, el sentido de vivir). Es decir, las bardas de púas (que nos provocan un disgusto visual) son casos concretos que nos exigen distintos criterios para la contemplación de la realidad.

Yo no podía ubicar este punto del pirú en una visión panorámica de la ciudad de México. Es del todo natural, como no soy pájaro, sino gato. No obstante, a pesar de toda la lógica, me gusta el muro blanco orillado del pirú porque reactiva una suerte de romanticismo, contrariamente a lo que me sugieren las bardas. Tal vez ésta fue mi primera proyección fisiológica en la comprensión del paisaje social. El sentido de adoptar el pirú como árboles de la calle equivaldría plantar un sauce alrededor de la casa en Japón; algo inconcebible en la época moderna. No es lo mismo que plantar los árboles de ciruelo o el cerezo que se representan la cultura de la fiesta floral en Japón (Hanami). No tardé en reconocerme la singularidad de pirú (el otro extremo es la buganvilla) en México moderno. Tanto en las fotografías como en las novelas adoptadas al cine (Pedro Paramo), Juan Rulfo nos representaba el pirú desde siempre. Lo comprueba exactamente Octavio Paz (*Corriente Alterna*, Siglo XXI Editores, 1967, p. 18), fascinado con este árbol en blanco y negro como visión del otro mundo. El pirú es mi primer árbol de México y hunde su raíz en el tiempo y espacio mítico, así como mi primer encuentro con México. Un domingo de otoño mexicano la familia del ingeniero me invitó a pasar un día del campo. Como siempre comimos carne asada y tomamos cervezas, aguas de jamaica... Y, paseamos a caballo por los alrededores de *chalet*. ¡Cuánto me gustaría tener enlatado este tiempo edénico! Pronto llegó la hora de irnos. Los hijos decidieron quedarse hasta el día siguiente. Yo abordé el carro para regresar. Sentado solo en el asiento trasero, me puse a dormir un buen rato. Cuando me desperté, el carro corría recto a toda verocidad. Ya estaba atardeciendo. El ingeniero manejaba el coche y la señora iba a su lado. Los dos miraban en frente con mucha atención. Yo vi desde atrás la



mano izquierda de la señora, posada encima de la pierna derecha del conductor. Me dió una sensación de calor al entender el sentido del silencio de ambos. Al tomar una curva, frente a nosotros se brillaba el gran panorama nocturno del valle de México. El Caribe empezó a descender por la orilla de la montaña. Pocas curvas después, capté en flashazos unos árboles solitarios al borde de una barranca. Era como el pino solitario del paso, como el símbolo del testigo imparcial de la historia japonesa. Eran unos árboles muy altos, pero delgados como las palmas. Me saltó un duda. Grité diciendo “¿cómo se llama aquel árbol? La señora, apartando rápidamente la mano de la pierna, me respondió. ¡Es un pirú!, sin mirarlo. Fue la primera vez que oía el nombre del árbol juanrulfiano. Así nació también mi pirú multiplicador de las imágenes, símbolo de la soledad sublime y, también de un limbo como el pino en el teatro NO.

Y luego la sierra árida, el caserío de adobe  
, la minuciosa realidad de un charco y un pirú  
estórido, de unos niños idiotas que me apedrean  
, de un pueblo rencoroso que me señala.

*(Libertad bajo palabra, FCE. 1960, p. 9)*

Después, ¿Cuántas veces habría yo pasado abajo de estos árboles? Cada paso me reactiva la memoria y a veces me lleva hasta aquel campo de la cebada verde. El pirú es de la fuente de la contemplanación demoníaca de la noche, igual a la cebada de primavera. La buganvilla es como la flor del cerezo en Japón, la flor típica de la meseta central. Es de Dionisos con el aire de la opulencia y alegría. Si no me hubiese encontrado con el árbol de pirú en la Colonia Condesa, yo habría aceptado la dicotomía de los árboles de México, pues el pirú de la Condesa no corresponde a ninguno de los dos. Estos son muy viejos y de baja estatura de ramas largas que tocan el pavimento, como el sauce de primavera. Además, no se puede mirar lo que hay abajo. Más bien, como está prohibido crecer hacia arriba, el tronco crece enormemente. Eso ha fortalecido su aire sagrado. Sin embargo, no atraen la atención de nadie. ¡Qué suerte la mía! Abandonados, a nadie le molesta que crezcan libremente.

Puesto el sol de mediodía en lo más alto del cielo, la luz incandescente baña las largas colas del pirú. Yo caminaba despacio, y no me sentía agotado. Al pasar por la calle de pirú, pisaba las frutas secas caídas sobre el pavimento. Ya no trastornado, cada vez podía oírlas romperse bajo mis pisadas. Apenas me di cuenta de que caminaba por el carril de los coches. No es la calle, sino una avenida de dos carriles en cada sentido. Pero, no había ningún coche que transitara por allí. Era mediodía, una hora en que todo el mundo sale a la calle para comer. Entonces cambia el ambiente. En la puerta, tocarán sucesivamente, sonarán el claxon del Cadillac para anunciar el regreso del amo. En cambio, de este lado de los muros encalados, es difícil imaginar algún movimiento. Parece que aquí todo el mundo está en la historia y ya no es nadie.

## **2. La confluencia de tres tiempos**

Yo no quise alejarme de aquí. Sentí el corazón vacío. Experimento una mezcla de sentimiento de deuda y de amor perdido. Vacilaba en irme de aquí. ¡Clak!, oí sonar algo encima. ¿De dónde? Muy extraño, lo busco concentrando todo el oído. Unos minutos después, otra vez, ¡Clak! Se oyó muy cercano. Yo crecí cerca de la montaña, así que de niño era muy sensible a todo tipo del sonido que produce el medio ambiente. En julio o agosto, caminando debajo de los árboles - pinos, robles, cipreses-, pisaba a veces la muda (la camisa) de cigarra con el mismo sonido ¡Clak!. Lo mismo pasa con las hojas secas de eucaliptos, paulonia, etc. Pero, no había ninguna hoja de esas en el piso. Ni una alma en la calle. Me intrigaba lo que había pasado. Mi intuición me decía que había algo detrás de los telones del pirú. Por un instante hubiese querido saltar hacia atrás como un gato, pero mi cuerpo permameció como congelado. Las ramas largas como las del sauce de primavera brillaban incandescentes bajo el sol de mediodía y cubrían completamente el tronco del mismo. ¿Cuántos metros había entre el pirú y yo? ¿Cuántas personas cabrían debajo del árbol? Desde fuera no se veía nada de la base del mismo por la lógica de la persiana (el telón de las ramas largas convertido en la pared blanca por los rayos del sol). Sin embargo, la idea de que algo no identificado se escondía allí me producía horror. Una porción de

esperanza hizo que me quedara ahí. Al mismo tiempo concentré la vista para penetrar en el interior del telón blanco. Cuando me acostumbré al reflejo de la luz, fuí descubriendo el claroscuro. Tardé un par de minutos para alcanzar a ver la base del árbol que estaba más oscuro. Abajo, caían dispersas las ramas , frutas secas, hojas secas... más de lo que imaginaba. Las frutas del pirú son más grandes que las de Murasaki Shikibu (una flor silvestre) , y menos grande que las de nanten (nandina). Pero, la forma no es tan simétrica como la nandina. En pocas palabras, se parece mucho a hijiki (una especie de alga marina) de Sanriku, la costa del noreste de Japón, con los racimos gruesos y de largos irregulares. Por fin, mi vista logra penetrar en lo más profundo del interior, tocando la base del interior. A medida que el árbol fue creciendo, el tronco fue destrozando la calle pavimentada. Yo fuí capturando la imagen del hombre sentado al pie del mismo. Estaba a tres o cuatro metros de distancia. Parecía una escultura de la piedra. ¿Por qué no me di cuenta? No me parecía que alguien pudiera estar allí pues aquel hombre estaba casi al otro lado del árbol. No me asusté. Más bien, me tranquilizó saber de dónde provenía aquel sonido. Al principio, vislumbraba el relieve del hombre y fue enfocándose como un hombre de edad avanzada. Era un anciano el que estaba sentado al pie del árbol. Vi un pedazo de tela puesta en el cinturón. Llevaba puesta una camisa y un pantalón apretado de color blanco. También llevaba puestas unas sandalias, no de hule como las japonesas, sino de piel, de color marrón casi negro. Yo sólo veía la derecha, no la izquierda porque el hombre estaba casi del otro lado de la base del árbol. No pude ver sino su mitad derecha. Por fin fue apareciendo la parte superior del cuello de aquel hombre. Su rostro era color cobrizo como otras partes descubiertas: cuello, la mano derecha, el pie derecho. Estaba sentado allí con la rodilla izquierda levantada. De todos modos, el viejo hombre tenía muchos contrastes de color. Me sorprendió el parecido a Don Iwa (a quien llamaban Occhan), labrador de toda la vida y dueño, nada menos, de mi casa arrendada. Se vestía como el hombre del pirú. Tenía el rostro quemado por los rayos del sol. Se ponía huaraches (alpargatas japonesas de paja) para trabajar en el campo. Esto sólo en el verano. En invierno lleva puesto jikatabi (calcetines para trabajar) para proteger los pies del frío. Los vecinos se parecen a Don Iwa: vestido modesto de algodón, calzado

tradicional, toalla en el cinturón, sombrero de paja, pañuelo en el cuello y su “Delicado” encendido en la boca, acompañado de la señora que lleva en su bolsa su *lunch* hecho de arroz y ciruelas, llamado *hinomaru* (bandera japonesa), *Bentou* (lunch), además del termo del té. Caminan como en un escenario teatral de los amantes no permitidos de Chikamatsu. Lo que no me gustó fue ver a Don Iwa sonándose la nariz, no con papel, sino con la mano. Salen de la casa antes de la madrugada y regresan ya puesto el sol. Esto es un itinerario de 365 días. Occhan tiene otro nombre, es decir “Hyakushou”. Este nombre significa literalmente “campesino que tiene cien apellidos”, y que hace referencia a un múltiple profesionalismo: técnico, mecánico, químico, botánico, artesano, agrónomo, cultivador frutero, verdurero, astrónomo, biólogo, climatólogo, ingeniero, etc. El hyakushou, por otro lado, es un símbolo de la pobreza extremo. Se llama “Mizunomi-Hyakushou” (labrador que solo bebe el agua) con cierto desprecio. Mi padre, con mayor desprecio, los llamaba sobre todo a fines del año, “Don-Byakushou” (Gran Hyakushou) porque el barbero, con visión de forastero, tenía muchos clientes campesinos que acudían en grandes grupos en víspera de las fiestas navideñas, lo que significaba trabajar hasta altas horas de la noche para poder atenderlos. El máximo desprecio se convierte en el máximo elogio. Yo, en cambio, los asociaba más bien con una imagen de la opulencia. Es natural que uno debe determinar qué es la opulencia. Ellos tienen casa grande que viven con tres generaciones, muchas tierras de cultivo, coches de transporte, muchos ahorros en el Banco de la Cooperativa Agrícola, etc. Pero, siempre comen arroz, ciruelas, guisados de verduras y sopa que igualan al menú de los monjes budistas. Se visten siempre con la misma ropa. Trabajan 24 horas durante 356 días. Para unos, son ricos; para otros, no. Sin embargo, ¿dónde está la opulencia? No lo sé. Lo cierto es que no puedo asimilarlos. Ellos no tienen la idea de ganar. Piensan siempre en recuperar lo que se merecen. Jamás se les ocurre vender sus tierras de cultivo, sino mantenerlas (o arrendarlas como última opción) para heredarlas a otras generaciones. Aman a la tierra-la naturaleza como amar a las mujeres-la fruta. Así que venderlas sería un pecado para toda su vida. Tienen miedo de que sus antepasados los castiguen. Por eso no hay cambios, ni diversiones. Solo hay trabajo que acaricia la tierra. Don Iwa murió a

los 101 años de edad. Unas semanas antes vino a buscar a mi padre para que le arreglara el pelo porque había una reunión de sus compañeros de la escuela. Otro día me dijo mi padre que cuando murió Don Iwa, su rostro se parecía al Nobushi (Samurai no castrado). ¡Máximo elogio al Don Iwa! El cultivaba flores: crisántemos, claveles, etc, y arroz toda la vida. Mi pueblo era uno de los principales proveedores de los crisántemos en distintas especies en el mercado de flores de Osaka. Se llama Ookubo, Gran Cubo en español porque se ubica en la falda de la montaña con un arroyo del agua permanente. En verano hace mucho calor = como Mexicali = y escasea el agua, así que por allí hay estanques y lagunillas de distintos tamaños en todas partes de la valle. Todos fueron el campo de juegos para nosotros los niños. En invierno hace un frío tremendo, de modo que se cultivan las flores en el invernadero. Algunos labradores se encargaban capacitar a los jóvenes agricultores chinos que aspiraban ser productores de flores. Hay muchas familias campesinas que llevan el mismo nombre: Ueno, Ikuno, Ueda, Ikuta, Iwata, etc. Todos estos nombres consisten en la misma letra china que son: “ta” (la huerta), “no” (el campo), etc. Es un pueblo sentenciado para trabajar con la tierra. Pero, por otro lado, estos son de la familia de renombre. Luego de la Reforma Agraria realizada bajo la ocupación norteamericana, se convirtieron en pequeños y medianos labradores cuyos hijos no viven de la tierra sino del salario y la mayoría de los cuales viven fuera del pueblo. Hay casas grandes vacías. Hace tiempo que dejaron de cultivar el arroz, esto que se debe principalmente a la política agrícola de los sucesivos gobiernos. Muchos esperan el cambio generacional porque los terrenos son ya el objeto de la especulación del mercado. Sin embargo, antes de esto, muchos han muerto de cáncer. Según la voz popular, la muerte temprana se debe a la fumigación química DDT, super-dañina por el cuerpo. Muchos antes de que sus terrenos se convirtieran en casas individuales, las memorias del pueblo estaban enterradas junto con los campesinos idos. Gran Cubo, estaba convertido en *ghost town*. Occhan, campeón de esperanza de la vida en mi pueblo, murió tranquilo viendo todo este proceso. Sabía de antemano el fin de la misión. Tal vez no quería que trabajaran como esclavos las 24 horas del día durante 365 días. Probablemente decía que buscaran lo que buscaban y no sigan la huella de los antiguos. Pero yo,

no tenía ni la huella. Crecía yo oyendo maldecir su trabajo. Mientras tanto, mi madre vivía buscando inconscientemente su seguridad propia, me decía que yo tuviese cerca el trabajo, por ejemplo en el municipio. El imagen del hijo más esperado fue similar a la de los labradores vecinos. Uno necesita cierta identidad: es decir, amor a la tierra, o cierto sentido del destino común con su tierra, medio ambiente en que creció. Sin embargo, dudo que mi padre tuviera una identidad con este pueblo. Al volver del recultamiento militar de la Segunda Guerra, no sabía de qué comer. Entonces, por orden del abuelo autoritario, mi padre y su hermano mayor no tuvieron más que obedecerlo escogiendo la barbería, Trabajar solo para alimentar a la familia. Se oía decir que sentía una imposición para escoger su trabajo. Su perfeccionismo lo satisfacía en el trabajo, pero no podía llenarse con su profesión. Se sentía orgulloso, pero frustrado de hablar solo con "Don-Hyakushou." Se sentía una víctima más de la guerra. Así ¿cómo era posible que yo sintiera idéntico con mi tierra y, como consecuencia, deseara trabajar aquí para servir a mi comunidad! Yo era como ellos. En fin yo no encontraba lo que buscaba, ni siquiera la huella que seguir. Me imagino que mi padre se habría conmovido si viera al anciano sentado al pie del árbol, bien tranquilo al mediodía. Porque está acostumbrado a ver los labradores trabajando sin cesar. Realmente, es sorprendente ver a la persona disolverse en el aire, durante largo tiempo sin moverse. Además, yo me atrevería a decir que él no es un ser humano, sino un ente de otro mundo. Por ello me era tan difícil saludarlo. El hombre estaba sentado diagonalmente a mi posición desde la calle. Yo estaba fuera de su vista. No teníamos ninguna comunicación. No había motivo para despedirnos, puesto que nosotros, invisibles, no habíamos cruzado miradas. Sin embargo, yo no soy como mi padre. Para él los vecinos labradores son clientes, y la plática no es sino una cortesía, una parte de la rutina. Yo escogí el español y México por mi voluntad, pues la palabra es el instrumento para tender un puente con los otros. O sea, un medio para acceder al otro. Esto fue mi impulso primordial: accederse, abrirse e identificarse con el otro. En aquel entonces, yo vivía en la tempolada máxima de la pureza en la actuación. Puede ser un mérito del extranjero que no tiene prejuicios o barreras psicológicas. Sin embargo, el espacio interior del pirú tenía un aire distinto, difícil de acceder a él. No he

tenido nunca una sensación de horror mayor como ésta. No sentí miedo ante el primer tren bala, ante el primer avión a México. Cuando era niño, caminaba con mi padre en el barrio “Jan Jan” de Osaka. Y ese fue el primer momento de horror. Al pasar por donde están los hombres disfrazados de mujer, yo clavé los ojos en ellos. En ese momento, mi padre me regañó con una mirada amenazadora, diciendo con la voz grave que no los mirara con curiosidad. Otro caso de horror: de niño todos nosotros caminábamos en fila detrás del ataúd por el sendero en las faldas de la montaña. Nuestra marcha había sido para enterrar un vecino muerto hasta donde existe el incinerador, no muy lejos del pueblo. Había una anciana encorbada. Yo no la llamé “Onbo”, sino supuestamente otra persona, no sé quién, con cierto desprecio. Muy enojada, la anciana enterradora, me dijo alguien, que me iba a buscar corriendo atrás de mí. La experiencia del primer muerto en mi pueblo y el panteón me dejaron la huella, en ciertas imágenes, del horror como éste. Por eso hasta hoy, ciertas palabras me provocan un cierto aire de ahogo. Es normal que un niño de la edad preescolar no sepa qué quiere decir Onbo. Pero esta palabra, de aquí en adelante, se hizo el símbolo del infierno. Al hombre del pirú yo lo asociaba con la muerte. ¡Clak!, sonó nuevamente. El sacó algo de la bolsa que lleva colgando de un hombro. Se lo acerca a la boca y, soplando primero, se lo comió. Repite lo mismo lentamente abriendo la boca desmesuradamente. Es como un animal jugando con el objeto en la boca, hinchando las mejillas. De repente dejó de masticar y se buscaba algo en la boca. La cara se le puso horrible como una máscara de muerte = no del anciano dichoso = en el teatro NO. Al repetirlo unas veces, me di cuenta de lo que es la comida favorita de aquel anciano: ¡Cacahuates! Suenan al romper las cáscaras apretando en una mano dos cacahuates juntos. El no tiene dientes, solo el segundo diente molar superior e inferior, así que los jugaba en la boca para atraparlos, se le deformaba la cara como una máscara de muerte. Le tomaba bastante tiempo para atraparlos y comerlos. Cuando descubrí el secreto de aquel sonido, me tranquilicé. Sin embargo, mi calma se debe en parte al cacahuete, comida tan popular en Japón. El sacó una botella de la bolsa y, abriéndola con la mano derecha, metió en ella un índice de la misma mano. Ramía algo; no sé qué. Ya no me importaba lo que contenía su interior. Sentí muchas ganas de hablarle.

Porque encontré una expresión muy adecuada para aquel caso, o sea “Tenga la bondad”. El texto sugería como una opción de la expresión más cortesa. De todos modos la frase me dió fuerza de romper el “silencio”. Me aventuré diciendo así: TENGA LA BONDAD DE DECIR LA SEÑORITA. No hubo contestación. Repetí la pregunta ajustando un poco la frase, TENGA LA BONDAD DE DECIR DONDE HAY UNA SEÑORITA. Me sentí muy bien. Pensé que había mejorado bastante, y añadí un poco después: POR AQUI. El anciano por fin me respondió, pero en forma sumamente inesperada: QUEEE SUUUSUTOOO MEEE DAAA AAANNDAANNNN . . . . . POORUUAIIII . . . LOOSUUU GAAACHUUUPIINEEESUUU. El no cambió el gesto ni volteó el cuerpo, ni me hacía caso. Sólo movía la boca. Parecía un brujo que dialogase con un espíritu. Yo pensé que me iba a responder simplemente SI o NO. Pero, al parecer le di motivos de cierta ira. Por ello, especialmente su manera de contestar me provocó una confusión aterradora. No era una charla entre pasajeros desconocidos. Cruzar palabra es de suma importancia como un acto entre los seres humanos. El no me contestó ni me preguntó. Me sentí muy inquieto. Pensé que es un anciano poco normal, y que no me podía responder razonablemente ninguna pregunta. Después, siguió murmurando para si mismo, y fue esto lo que reforzó mi primera impresión sobre este hombre: MIIIRIIAAANOOooo, CHIIICHIIINNCUUULEEESUUUuuu. Es un coro del teatro NO. No lo entendía nada. Así que sentí inútil seguir esperando la respuesta. Al parecer, ya había pasado la hora de la comida. Oscurecía un poco la tarde incandescente de los telones del pirú. Me di cuenta de que hacía viento porque se movían las ramas del árbol y barrían la calle pavimentada. Ya me iba sin ninguna información acerca de la mujer de cebada verde. El anciano me desilusionaba. El viento soplaba más fuerte que antes. Pensé que llovería más tarde, como siempre. Pero, un soplo del viento destrozó el telón. Me alejé del árbol, caminando ya a paso rápido, y volteé atrás. En este momento oí a lo lejos una voz efímera de la mujer que decía: ¡Don Chano! Ya estaba muy alejada de aquella plaza. Aceleré el paso pensando que pronto llegaría a la calle Montes de Oca. Salí a la esquina en forma de la cuchilla. Vacilando, tomé hacia la derecha y me marché a prisa. No obstante, no aparecía la calle acostumbrada. Me causó pánico. Suceden casas y



plazas pocos usuales. No tardé en entender que había equivocado el camino del regreso. Volví otra vez a la plaza del pirú donde ya no había nadie. Estaba bastante oscura la calle. Me sentía impaciente, pues temía que llegase pronto una tormenta en la tarde. Me sentía como un ratón perdido en un laberinto. Por un momento se calló el mundo, luego se precipitó el aguacero. La lluvia me empapaba la camisa empapada de sudor. Al dar vuelta a la izquierda en la cuchilla, recupere el calma. Llegué a la casa bien mojado, con gotas de agua que me caían del cabello. La señora, al verme, gritó, "¡Qué barbaridad!, ¡Le dije que esperara!. Callado, subí a mi cuarto, que mantenía el calor del mediodía. Me quité la ropa empapada mientras oía la lluvia. Me dió un ataque de sueño. Me recosté en la cama y me quedé dormido. Después, no sé cuánto tiempo pasó, me desperté con una especie de escalofrío. De prisa me metí en la cama. Ya muy profunda la noche, abrí los ojos y tenía mucha fiebre y una fuerte dolor de cabeza. En el cuarto, penetraba un rayo de luz a través de la ventana del baño, proveniente de la lámpara de la escalera. Aquel rayo era como un cuchillo que apuntaba sobre mi cabeza como la espada de Damocles. La espada daba vueltas lentamente por encima de mí. Giraba y giraba como en un carrusel. Otro yo pensaba, ¿Qué me pasaría? ¿Qué haría yo? ¿Debería llamar alguien? ¿Nadie me oiría? Si, es cierto. El cuarto es como si fuera un pequeño cárcel. Me dió mucha pena llamar a alguien, porque todo había sido mi culpa. Me sentí solo, pues nadie venía por mí. Alguien tocó la puerta. O sonó un ruido desde el rincón del cuarto. "No puede ser" pensaba negativamente. El otro yo intenta persuadirme, "Abra la puerta y pide auxilio" Entonces, yo, tranquilo, ruego, "Déjeme solo, no me haga caso" Otra vez, un ruido en la puerta. Quise llamar, pero esta vez no me salió la voz. Yo, ya convertido en cuchillo, me daba la vuelta. De repente, se abrió la puerta. Era un escenario completamente mojado en tinta china. En medio de el , girando y girando hubo una irrupción del espíritu de león = shishi, en japonés = con la melena larga y del color del sol transparente. Pronto la melena se convirtió en los telones del pirú en medio del cual Don Chano daba vueltas y vueltas con su máscara macabra. Pensando que nos veríamos otra vez, yo me fui hundiendo en el abismo , mientras daban vueltas las siguientes palabras: bufuricación, cuchillo, destino, convivio, coexistencia. El otro yo pensaba si el

espíritu danzante era mensajero de Monju Bosatsu = de “Sekikyou” de teatro NO = o del ánima vengativa = de “Sanemori” = como Onbo, que ya me estaba atrapando.

A la mañana siguiente, al despertar, me sentí aliviado. Yoranda salió de su cuarto y pasó frente a mí sin saludarme. En la escalera me reclama por su gesto de llamar a la puerta. Yo la oí decir: “¿Qué te pasó anoche?” En este momento decidí irme de allí.

Caer en la oficina o sobre el asfalto

ir a parar en un hospital

la pena de morir así

no vale la pena

Miro hacia atrás

ese pasante, ya no es sino bruma

(VUELTA, Obras Poéticas<1935-1988> Seix Barral, 1990, p. 598)

(El trabajo de la corrección sintáctica fué realizado en colaboración por los profesores : Tomás Serrano y Shoki Goto de CELE-UNAM)